

Capítulo 1

¿Dónde se ha metido el conejo? Pensó girando en redondo sobre sí mismo. *No puede haber ido muy lejos. Hace un momento vi por aquí su estela. Aquella roca se ha movido, se habrá escondido detrás ¡O se habrá metido dentro!*

El muchacho con cara de niño corrió de forma imprecisa hacia la roca sin dejar de señalarla. El suelo irregular, surcado de charcos y agujeros, hacía aún más torpe su avance. Cada vez que el agua mojaba sus roídos zapatos daba un pisotón para salpicar la tierra de alrededor y sonreía.

Llegó hasta ella y la acarició con la palma de la mano notando su áspero tacto. Dio una vuelta rodeándola admirando sus formas y la curiosa oquedad que mostraba en uno de sus laterales.

— ¿Conejito? -preguntó alargando las vocales hasta tal punto que se comían a las consonantes-. ¿Estás ahí conejito?

Metió la cabeza dentro del agujero de la roca buscando alguna salida que no existía. La sacó extrañado y miró hacia todos lados. Se levantó y sintió un repentino dolor en la rodilla.

— Aisssss -siseó frotándose la rótula.

Echó a andar mirando al horizonte y buscando nuevos escondites. Entonces la vio de nuevo. La colorida estela del conejo serpenteaba entre los charcos alejándose de allí hacia una pequeña loma. Con la alegría iluminando su infantil rostro, corrió siguiéndola y olvidándose del dolor que hace un momento le había hecho encogerse.

Subió a lo alto de la loma con cierta dificultad y echó una ojeada alrededor. Desde aquel lugar se alcanzaba a ver una amplia extensión de terreno hacia un lado, y una serie de pequeñas montañas hacia el otro. Ni rastro del conejo ni de su estela de colores por ningún lado. Se sentó, alicaído y se frotó de nuevo la rótula.

Pasó cerca de treinta segundos en aquella posición hasta que decidió que era suficiente. Entonces se tumbó y se echó a rodar colina abajo riéndose sin control. Tambaleándose subió de nuevo hasta la mitad de la colina, y desde allí se volvió a tirar dando vueltas.

Mareado, se sentó sobre un charco y esperó a que el mundo que le rodeaba dejara de girar. Se había hecho daño en la muñeca al dejarse caer, pero no le importó. Miró hacia el barro, cogió un puñado con la mano y lo estrujó entre sus dedos. Aburrido, mojado, dolorido y cansado, se tumbó de nuevo y se detuvo a escuchar. Solo el silencio le rodeaba.

¿Dónde se habrá metido ese conejo? Se preguntó mirando hacia las nubes.

Su estómago emitió un tenue sonido y le recordó una vez más su acuciante necesidad. Se incorporó y bajó la cabeza.

— Mamá, tengo hambre -le dijo al charco sobre el que se encontraba.

Se levantó, y al hacerlo su rodilla derecha emitió un profundo chasquido que le hizo desequilibrarse. De nuevo en el suelo, lloró por el dolor.

Al cabo de un rato, se frotó las lágrimas de la cara e intentó ponerse de nuevo de pie. Su rodilla volvió a responder, pero no con la estabilidad que debía. Probó a caminar y

pudo hacerlo de modo que avanzó con torpeza oteando los alrededores en busca de la estela de colores del conejo.

Caminó durante casi una hora, arrastrando los pies sobre el barro y llamando cada tanto al conejo en aquel vacío que le rodeaba.

Se estaba aburriendo de buscarlo cuando lo vio. No su estela. El propio conejo. Peludo, sedoso y de alguna manera, limpio de arriba abajo. Se encontraba olisqueando un charco hasta que notó su presencia, entonces se irguió, y lo miró a los ojos.

— ¡Conejito! –gritó el muchacho.

Echó a correr hacia él con la alegría reflejada en su rostro, ajeno al dolor que se había agudizado tanto en su rodilla como en la muñeca. El animal lo esperó, tranquilo. Él continuó su carrera hasta que un pequeño montículo le hizo tropezar y caer de bruces sobre otro charco. El agua embarrada salpicó su cara. Cerró los ojos, se los frotó y cuando los abrió un escalofrío le subió por la espalda.

Había apoyado la mano derecha en el suelo frente a él para frenar la caída, y en la muñeca, sobre la zona que le dolía pudo ver un agujero en su piel. Pero no se trataba de una herida. No sangraba. Simplemente, su piel terminaba en ese punto, formando un agujero del tamaño de una uña. Y bajo ese agujero, nada. Solo una oquedad que parecía alcanzar el otro extremo de la muñeca. Giró su mano y vio una arruga sobre su piel, entre las venas marcadas. La acarició con un dedo, la alisó con cuidado y pudo ver la luz entrar en su muñeca al otro lado.

Se asustó. Se arrastró por el suelo reculando al tiempo que se miraba la muñeca. Y en esa posición pudo ver su rodilla. Hueca.

Se levantó sin importarle el dolor que era cada vez más intenso y real, y corrió intentando alejarse de sí mismo, y de lo que acababa de ver. Sin dejar de correr miró hacia abajo, viendo su pierna doblarse y extenderse con el movimiento de la carrera, al tiempo que abría y cerraba el agujero vacío que allí había surgido.

No vio la piedra del tamaño de un puño que había en su camino. Tropezó, cayó y perdió el sentido.